**Guía de aprendizaje N°4**

**Lenguaje y Comunicación**

**4° medio**

Estimado apoderado y estudiante:

Envío a ustedes objetivos y contenidos que se trabajarán durante esta suspensión de clases, semana del 27 de abril, así como también las orientaciones para ejecutar las actividades en Lenguaje y comunicación en 4° medio:

|  |
| --- |
| **Objetivo:**I. Comprender e interpretar obras narrativas que incorporan múltiples perspectivas sobre hechos narrados.**Instrucciones:**- Lee atentamente los textos.- Reflexiona sobre las temática propuesta.- **Copia en tu cuaderno** la materia, las preguntas y respuestas de esta guía.- La **fecha de entrega** de esta y de las guías anteriores es el 8 de mayo a través del correo del profesor.- El formato de entrega será una **fotografía**, de la guía realizada en el cuaderno, con luz, clara, no borrosa.- Si tienes alguna duda, comunícate con el docente, entre las 8 de la mañana a las 6 de la tarde, en el siguiente correo: cristianmezavega@gmail.com |

**Unidad 1: De la identidad chilena a la globalización**

* A partir de la lectura realizadas en las clases anteriores, describe y caracteriza la escritura de los autores vistos en clases.

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  | José Donoso - Dos cartas | Julio Cortázar – La noche boca arriba |
| Semejanzas |  |  |
| Diferencias |  |  |

* A continuación te invitamos a leer un texto de Fedor Dostoievski.

|  |
| --- |
| Crimen y castigoFedor Dostoievski¡No, ese no ha sido Mikolka1, querido Rodión Románovich; ese no ha sido Mikolka! Estas últimas palabras, después de todo lo antes dicho, tan semejantes a una retractación, resultaban harto inesperadas. Raskólnikov temblaba todo él como traspasado. —Entonces..., ¿quién... es el asesino?... —inquirió, sin poder contenerse, con voz afanosa. Porfiri Petróvich echose hacia atrás en su silla, cual si también a él le cogiese de improviso la pregunta y lo dejase estupefacto. —¿Que quién es el asesino? —repitió, como no dando crédito a sus oídos—. ¡Pues usted es el asesino, Rodión Románovich! ¡Usted es el asesino! —añadió, casi en voz baja, con acento de convicción absoluta. Raskólnikov saltó del diván, permaneció en pie unos segundos y volvió a sentarse sin decir palabra. Una ligera convulsión le corrió, de pronto, por todo el semblante. —Otra vez el labio que le tiembla como entonces —murmuró Porfiri Petróvich, casi compasivo—. Usted, Rodión Románovich, me parece que no me ha entendido —añadió, tras algún silencio—, y esa fue la causa de mi estupefacción. Yo vine precisamente para decirlo todo y ventilar el asunto claramente. —Yo no soy el asesino —balbució Raskólnikov, exactamente como un niño asustado cuando lo cogen con las manos en la masa. —Sí, lo es usted, Rodión Románovich; lo es usted y nadie más que usted —afirmó Porfiri con voz serena y convencida. Ambos guardaron silencio, y aquel silencio fue de una duración extrañamente larga, pues se prolongó por espacio de diez minutos. Raskólnikov apoyó los codos en la mesa, y con los dedos se alborotaba la cabellera. Porfiri Petróvich estaba sentado y aguardaba. De repente, Raskólnikov miró con desprecio a Porfiri.—¡Otra vez vuelve usted a las andadas, Porfiri Petróvich! Todo esto se halla de acuerdo con los mismos procedimientos. ¿Cómo, en el fondo, no está usted harto de esto? —¡Eh, quite usted!... ¿Qué tienen que ver ahora mis procedimientos? Otra cosa sería si hubiese testigos; pero fíjese en que estamos hablando los dos solos. Usted mismo ve que yo no vine a su casa para sacarlo de su madriguera y cazarlo como a una liebre. Reconózcalo usted o no…, a mí en este momento todo me es igual. Yo, para mí, estoy convencido, aunque usted lo niegue. —Y si es así, ¿por qué vino usted?...—inquirió, nervioso, Raskólnikov—. Vuelvo a formularme la pregunta de antes: si me considera culpable, ¿por qué no me encarcela? —¡Vaya una pregunta! Pero voy a contestarle, punto por punto; en primer lugar, porque no me conviene mandarlo prender a usted, así, de buenas a primeras. —¡Que no le conviene! ¡Si está usted convencido, ese es su deber!... —¡Ah, qué importa que yo esté convencido! Hasta ahora, todos esos son desvaríos míos. ¿Y por qué habría yo de enviarle a usted allá a descansar? Usted mismo lo sabe, puesto que lo pregunta. Si traigo yo, por ejemplo, a declarar contra usted al artesanillo de marras2, usted podría decirle: “Pero ¿es que estás borracho? ¿Quién nos ha visto a los dos juntos? Yo me limitaré a tomarte por un borracho, sencillamente, y borracho estabas, en efecto…”. ¿Qué podría yo objetar a esto, tanto más cuanto que la réplica de usted resultaría más verosímil que la suya, pues sus declaraciones no tendrían más fundamento que la sola sicología, mientras que usted habría dado en el blanco, pues el individuo ese tiene un gaznate que nunca se ve harto, y todo el mundo sabe que el muy animal bebe como una zanja? ¿No le he confesado yo a usted mismo sinceramente, más de una vez, que esa sicología tiene dos filos y que el segundo ofrece más verosimilitud que el primero y que, además, yo no dispongo, por el momento, de nada positivo que alegar contra usted? Yo lo mandaré detener, sin duda, y, aunque haya venido (en contra de todos los usos) a avisarle de ello, le declaro, no obstante (siempre contra los usos), que no me conviene hacerlo. En segundo lugar, he venido para… —¿Por qué en segundo lugar? —Raskólnikov seguía oyéndole aún todo jadeante. —Pues ya se lo he dicho a usted: porque le debo explicaciones; no quiero que usted me tome por un monstruo, tanto más cuando que, créalo usted o no, estoy muy bien predispuesto hacia usted. Por consiguiente, y este es el tercer punto, he venido a hacerle una proposición franca y sin segunda intención: le exhorto a que haga reventar el tumor, yendo usted mismo a denunciarse. Ha de serle a usted infinitamente más ventajoso, y también me lo será para mí, porque me veré libre de este peso. ¿Qué? ¿No soy bastante franco? Raskólnikov reflexionó todavía un instante.—Mire usted, Porfiri Petróvich, usted mismo lo ha dicho: no hay en todo esto más que sicología, y, sin embargo, usted invoca las matemáticas. ¿Y si usted estuviese equivocado en este instante? —No, Rodión Románovich. Sea como fuera yo, desde este momento, no tengo ya derecho a esperar más, debo detenerlo a usted, y lo detendré. Así que juzgue usted; ahora ya poco me importa su actitud; y solo le hablo mirando por su interés. Dios es testigo, Rodión Románovich, que lo mejor es que usted mismo vaya y se delate. Raskólnikov sonrió maquinalmente. —Verdaderamente que esto ya deja de ser ridículo para ser, sencillamente, insolente. Aunque yo fuese culpable (cosa que en modo alguno he declarado), ¿por qué habría yo de ir a entregarme, ya que usted mismo ha dicho que allá, en la cárcel, descansaría? —¡Eh, Rodión Románovich, no tome usted al pie de la letra mis palabras! Eso distará bastante de ser un descanso. Se trata solamente de una teoría personal que yo sustento. ¿Y qué autoridad soy yo para usted?... Quizá yo en este instante le oculte a usted algo. Usted no puede tener la pretensión de recoger de una vez todas mis confidencias y utilizarlas a su antojo. En cuanto al segundo punto, ¿qué ventaja le traerá a usted eso?... ¿Tiene usted idea de la disminución de pena que así podría alcanzar? Piense usted en ello. ¡Cuando otro ha cargado con el asesinato y dado un nuevo giro a la causa!... Por lo que me toca, juro ante Dios que arreglaré las cosas de tal modo que usted saldrá lo mejor posible del paso. Echaremos abajo todo el andamiaje sicológico. Reduciré a la nada las sospechas que se han levantado contra usted, de suerte que su crimen parecerá algo así como el resultado de una obcecación, ya que después de todo, en el fondo, eso fue: una obcecación. Yo soy un hombre honrado, Rodión Románovich, y cumpliré mi palabra. Triste y silencioso, Raskólnikov bajó la cabeza, reflexionó largamente y al fin sonrió de nuevo, pero con una sonrisa dulce y melancólica. —No me hace falta —dijo, sin siquiera pensar en fingir ante Porfiri—. ¡No vale la pena, no me hace falta su indulgencia! —¡Eso era, precisamente, lo que yo temía!... —exclamó Porfiri con vehemencia involuntaria—. Eso era lo que yo temía: que no quisiera usted aceptar mi indulgencia. Raskólnikov le lanzó una mirada triste y penetrante. —¡No tenga usted esa desgana de vivir —continuó Porfiri—, que aún le queda mucho camino por delante!... ¿Cómo no ha de tener la necesidad de indulgencia, cómo no ha de tenerla? ¡Es usted muy exigente! —¿Qué perspectiva me aguarda?... —¡La vida! ¿Es usted profeta para saber tantas cosas? Busque y encontrará. Puede que Dios le esté aguardando allí. La prisión no será perpetua. —Habrá rebaja de pena… —dijo Raskólnikov sonriendo. —¿Cómo?... ¿Sería posible que le detuviese una falsa vergüenza burguesa? Puede que así sea, sin que usted lo comprenda, porque es joven. Pero usted no debería tener miedo ni sentir vergüenza de confesar el mal que le corroe. —¡Yo escupo en todo eso! —exclamó con asco y desprecio Raskólnikov, que no parecía decidido a hablar. Hasta hizo ademán de levantarse, cual si pensara irse; pero volvió a sentarse, presa de visible desesperación. —¡Que usted escupe en todo eso! Es usted desconfiado, y piensa que yo trato de engatusarlo de una manera burda. Pero ¿es posible que haya usted vivido tanto? ¿Qué sabe usted de todas esas cosas? ¡Se ha imaginado una teoría y está avergonzado al ver que se le viene abajo, que lo que de ella salió es harto poco original! ¡Algo ruin más bien es lo que dio de sí; pero usted, a pesar de todo, no es un tunante sin remedio! Usted no es un bribón así, en modo alguno lo es. Usted, por lo menos, no ha titubeado; desde el primer momento puso toda la carne en el asador. ¿Sabe lo que pienso de usted? Pues le considero como a uno de esos hombres que antes se dejarían descuartizar que abatirse, y mirarían sonriendo a sus verdugos con tal que estuviesen asistidos de una fe o de Dios. Pues bien: encuéntrelos usted y vivirá. En primer término, hace ya mucho tiempo que necesita usted cambiar de aire. El sufrimiento es también buena cosa. Sufra usted. Quizá Mikolka no carezca de razón al querer sufrir. Yo sé que usted no cree en nada. Pero no se haga el listo filosofando. Abandónese francamente al hilo de la vida, sin razonar; ahuyente las inquietudes, y ella misma le conducirá derechamente a la orilla y volverá a ponerse en pie. ¿Qué cuál será esa orilla? ¿Cómo voy yo a saberlo? Yo creo únicamente que a usted le queda todavía mucho que vivir. Ya sé que todo esto que ahora le estoy diciendo suena en sus oídos como un sermón aprendido de memoria; pero quizá más adelante se repita usted estas palabras, que entonces pondrán serle provechosas; por eso se las digo. Todavía es una suerte que no haya usted matado más que a una vieja mala. Si se le hubiera ocurrido a usted otra teoría, habría cometido una acción mil veces peor… Quizá deba usted todavía darle gracias a Dios… ¿Qué sabe usted? Puede que Dios le tenga reservado para algo. Eleve usted su corazón y no sea tan cobarde. ¿Es que se asusta usted de la gran tarea que le toca cumplir? ¡Lo vergonzoso sería tener ese miedo! Puesto que pasó usted la raya, guárdese de retroceder. Hay aquí una cuestión de justicia… Realice usted lo que la justicia exige. Ya sé que usted no me cree; pero a Dios pongo por testigo de que la vida podrá más. No tardará usted en tomarle apego. Hoy, lo que le falta a usted es aire solamente. ¡Necesita usted aire, aire! Raskólnikov se estremeció. —Pero ¿quién es usted —exclamó— para adoptar ese tono de profeta?...¿Desde lo alto de qué Sinaí3 me está usted lanzando esas sentencias? —¿Qué quién soy yo? Soy un hombre acabado, nada más. Un hombre sensible, sencillamente, y que siente compasión; no enteramente falto de saber, pero completamente acabado. En cuanto a usted, es otra cosa. Dios le tiene reservada la vida (¿y quién sabe si todo esto no se le desvanecerá como una humareda, sin dejar rastro?). ¿Qué importa que usted forme parte ahora de otra categoría de gente? Con un corazón como el que tiene, ¿va usted a echar de menos las comodidades? ¿O será el estar recluido mucho tiempo, lejos de toda mirada? El tiempo, de por sí, no es nada; quien importa es usted mismo. Conviértase en un sol, y todo el mundo lo verá. El sol debe ser, ante todo, sol. ¿Por qué otra vez esa sonrisa? ¿Piensa usted que yo estoy recitando mi Schiller4? ¡Algo apostaría a que se figura usted que yo pretendo engatusarle con lisonjas! A fe mía que es muy posible, ¡je, je, je! Pues bien, Rodión Románovich: no me crea usted por mi palabra ni crea en absoluto nada de cuanto le digo; yo cumplo con mi oficio, estoy de acuerdo; solo que añadiré una cosa: y es que a usted toca juzgar si soy un hombre honrado o un tunante. —¿Cuándo piensa usted detenerme? —Puedo dejarle todavía día y medio o dos días pasear libremente. Reflexione usted, amigo mío; pídale a Dios, que en ello saldrá ganando, se lo aseguro a usted, saldrá ganando. —¿Y si me escapo? —preguntó Raskólnikov, sonriendo con aire extraño. —No; usted no se escapará. Se escaparía un campesino, un partidario de las ideas en boga5, esclavo del pensamiento ajeno, porque basta sentarle la mano una vez para que crea ya en cuanto uno quiera. Pero vamos a ver: ¿es que tampoco cree usted ya en sus teorías? ¿Cómo, pues, iba a escaparse? Y, fugitivo, ¿qué existencia llevaría? La vida del fugitivo es innoble y penosa, y usted necesita, ante todo, de una vida tranquila, ordenada, de una atmósfera que sea la suya, y allá, en el extranjero, no estaría usted en su ambiente. Si usted se fuese, volvería. No podría usted pasarse sin nosotros. Cuando yo lo meta a usted en la cárcel, al cabo de uno, de dos, pongamos de tres meses, se le vendrán a la memoria mis palabras, se confesará usted consigo mismo, y quizá en el instante que menos lo espere. Una hora antes no sabrá usted todavía que está maduro para esa confesión. Hasta estoy persuadido de que acabará usted deseando aceptar el dolor. Usted no cree en este momento lo que le digo; pero ya llegará su hora. El dolor, Rodión Románovich, es una gran cosa. No repare usted en mi gordura; no se fije en la circunstancia de no carecer yo de nada; ya sé de sobra que esto se presta a la sonrisa; pero hay una idea en el dolor, y Mikolka está en lo cierto. Usted no se escapará, Rodión Románovich.Dostoievski, F. (2003). Crimen y castigo. En Obras completas. Madrid: Aguilar. (Fragmento) |

* Responde las preguntas sobre el texto que acabas de leer

|  |
| --- |
| Interpretar1. ¿Por qué el haberse convertido en “un hombre gordo” podría restarle valor a lo que afirma Porfiri?Evaluar2. ¿Qué grado de conocimiento de los hechos tiene el narrador?, ¿qué tipo de narrador identificas en el texto? Justifica con marcas textuales.Actividad de discusión3. ¿Qué piensan de la actitud de Raskólnikov frente a las acusaciones de Porfiri? Fundamenten. |

* A partir de las lecturas hechas en clases, realiza un cuadro comparativo de los autores latinoamericanos y Fedor Dostoieski

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  | José Donoso - Dos cartasJulio Cortázar – La noche boca arriba | Fedor Dostoievski – Crimen y castigo |
| Semejanzas |  |  |
| Diferencias |  |  |